

una iglesia, suministra códigos morales (relativos a la clase social que sea, pues no hay una supuesta ética universal, abstracta y en rigor, burguesa), estéticos y sexuales. Eludirlos es caer en el pecado de desviacionismo. Nada ha de ser personal, pues lo personal lleva igualmente al extravío ideológico. De la misma forma, ha de evitarse la amistad individual entre comunistas, dado el riesgo del fraccionamiento. Por el contrario, los vínculos han de ser de mutua vigilancia. Los comunistas pueden equivocarse pero el Partido Comunista, jamás. Los fieles pueden errar; la Iglesia, nunca.

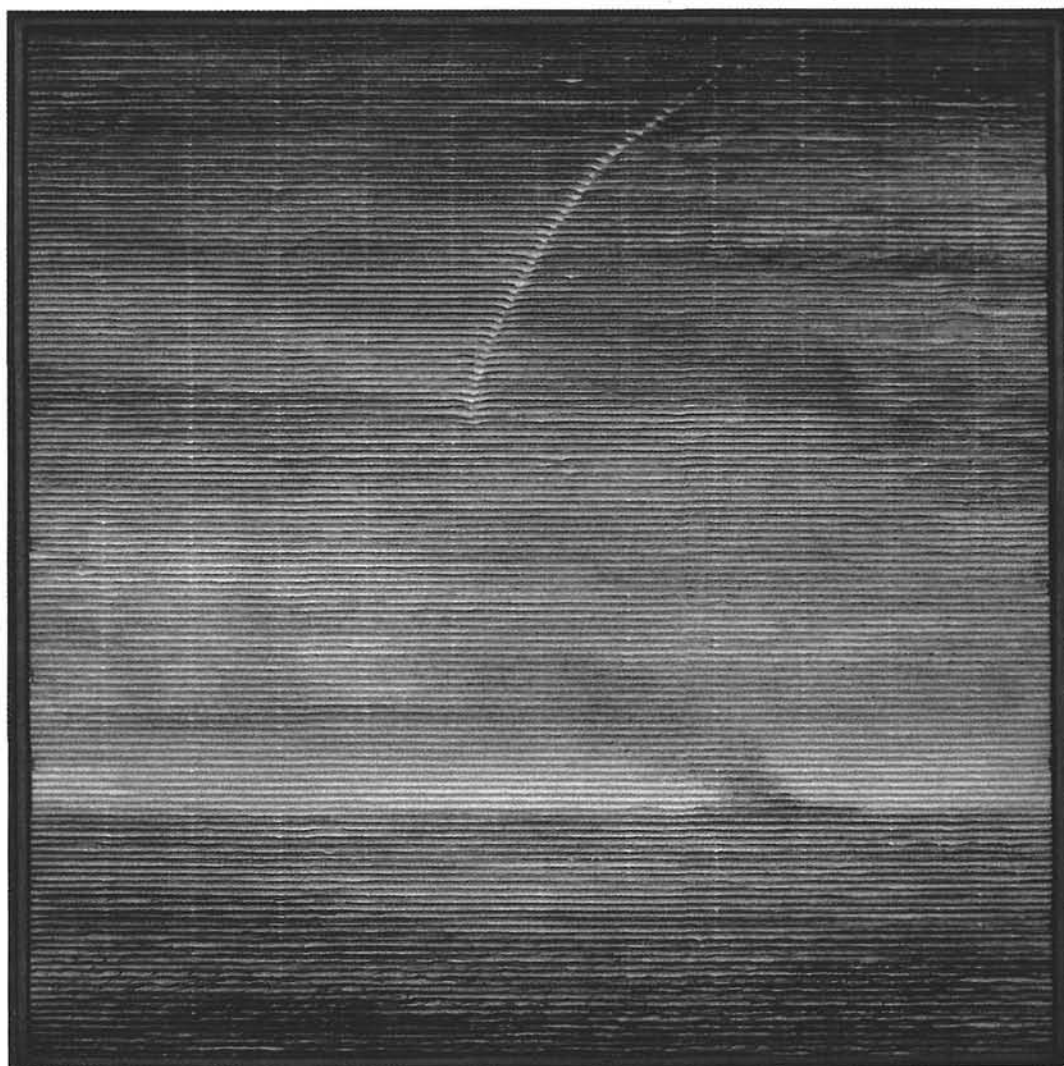
Koestler vivió su paso por la organización bolchevique como quien se adiestra en la caballería andante de la revolución. Se ignora el miedo, encajado el neófito entre ritos y jerarquías. Así vivió su viaje a Rusia en 1932: una atmósfera segura y sofocante de reformatorio aislado del mundo. Curiosa y lógicamente, le produjo todo lo contrario que euforia: depresión y fantasías suicidas (las llevaba consigo y acabó cumpliéndolas, muchos años más tarde). En efecto, cualquier sistema cerrado termina produciendo una sensación de extrañeza ante el mundo exterior, la que siente un niño cuando adquiere la noción de estar fuera de casa, sin el sostén de la omnipotencia paternal. A su vez, el encierro otorga una segura identidad y desarrolla el terror a la excomunión, el miedo a no ser nada ni nadie fuera del molde partidario, que vale como universo. De ahí, también, el fenómeno simétrico: el obsesivo y fóbico anticomunismo del excomunista.

En la sociedad, el individuo es cero; en el cosmos, es infinito. La política prescinde de estos extremos, pues se vale de soluciones pragmáticas de medida discreta, carente de todo absoluto y cualquier remedio definitivo a las imperfecciones de la condición humana. Pero el comunismo no fue político, sino religioso, una respuesta diferida a la secularización radical del mundo propuesta por la modernidad, la que vivió y padeció una mentalidad esencialmente escéptica como Sebastian. Por ello, el comunismo fue una promesa utópica de resultados arcaizantes, como vemos cuando las sociedades comunistas ingresan en el mercado mundial, a la rastra de los países desarrollados.

Como toda religión, el comunismo propone la pertenencia a una entidad gigantesca, el pueblo de Dios, la humanidad entera. Expulsado de ella, sólo le aguarda al infiel la marginación del pariente repudiado por su familia. Si se marcha voluntariamente, queda fuera de la humanidad, es una suerte de subhombre, habitante de un arrabal de los renegados digno del mejor Máximo Gorki. Difícilmente podrá prescindir de un vínculo detestado y melancólico respecto a su perdida iglesia de proveniencia, pues tal es la dación de toda iglesia: suturar el agujero abismal del origen. El tiempo humano queda reducido a su tamaño próximo: una comedia de títeres cuyo libreto

es proporcionado provisoriamente por la historia, una suerte de texto con grandes tramos de improvisación.

Las calles de Bucarest, caldeadas por la hoguera infernal de Centroeuropa, me recordaban incesantemente a Buenos Aires, cuya apariencia es la lejanía. Una vez más, sentí la redondez de este mundo, único y nuestro, donde todos los confines acaban tocándose. Los baches callejeros, la proliferación de los teatros, los blancos y los morenos, los variables dialectos del latín de nuestras gentes, todo se superpuso conformando el escenario donde el viajero vuelve, una y otra vez, a preguntarse dónde está. Koestler y Sebastian, en cualquier esquina, se encontraban para matar sus nostalgias del *ailleurs*, de la otra vida, la verdadera, sentados ante una mesa del Café de los Angelitos. Sí, precisamente allí donde el bulevar Dacia se encuentra con la calle Rincón. Se volvieron al verme y me preguntaron, los dos al unísono: «Y vos, pibe ¿dónde estás?»



Héctor Medici: *Estrella fugaz* (1984)



Eduardo Medici (2000)